

## ¿CÓMO ACERCARSE AL MISTERIO DE DIOS?

“Mañana te escucharemos”, le decían a Pablo los sabios atenienses con más ironía que cortesía. Así se planta gran parte de nuestra sociedad ante cualquier discurso religioso. Dios no sólo ha dejado de ser el centro de interés para muchos; es que ha desaparecido del horizonte de sentido de la vida humana.

Sin embargo, ¿podemos a la larga vivir “sin Dios”? Es claro que objetivamente eso no es posible. Dios está ahí, dando vida, ternura, sentido, a quien lo reconoce y a quien lo ignora o lo niega. Pero en todo lo humano, lo importante no es sólo el ser de las cosas sino el cómo las vivimos. No se resuelve el misterio de Dios con el hecho de que exista y esté ahí, sino en el modo en que las personas lo vivimos, acogemos y adoramos.

Sin duda el lenguaje clerical sobre Dios deja mucho que desear. Es poco atrayente hablar del misterio de la Trinidad en términos matemáticos, tratando de hacer compatible el ser uno y tres a la vez. Ni en la Biblia ni en la Tradición antigua se planteó en estos términos.

En cambio, sí se nos enseñó siempre a entender y vivir a Dios como Padre. Es decir, fuente de vida, permanente comunicación de amor y perdón, llamada constante al crecimiento y maduración de todo lo humano; por tanto, también celoso de la responsabilidad que incumbe a los que él ha otorgado la libertad. Ante ese Dios, tierno y misericordioso, a la vez que celoso y exigente, no cabe sino la gratitud, la oración, la lealtad y la responsabilidad.

Al mismo tiempo, ese Dios se nos ha mostrado como **amigo y hermano**. Uno de nosotros en las vicisitudes de la vida, en la fiesta y en el dolor, en el crecer y en el disminuir, sobre todo en la entrega hasta morir. No para explicarnos las dolencias inherentes a la condición humana, sino para compartirlas y transformarlas en fuente de vida mejor. Dios que, sin dejar de ser Padre, nos ha enseñado, asumiéndolo, con todas las consecuencias, el camino de la fraternidad. Quizá porque no aceptamos ser hermanos estamos incapacitados para aceptar la paternidad de Dios.

Además, ese Dios ha dejado de estar ausente, lejano, sentado indiferente en el olimpo de la apatía, para convertirse en la atmósfera que respiramos y nos hace vivir. Es el Espíritu que alienta en nosotros, que nos penetra y no abraza amorosamente. No para oprimir, sino como posibilidad de libertad interior.

A ese Dios hay que escuchar, abrazar, acoger. Sólo así será posible una vida humana, superadora de la rebeldía y la queja, de la división injusta que lleva al que muchos hombres y mujeres pasen necesidad y se les cierren los cauces de una vida digna y acorde con la condición humana; Sólo Dios adorado y obedecido hará posible una vida transparente, aniquiladora de la mentira, la máscara y la mascarada, que oculta la verdad y la hermosura de las criaturas, imágenes del Dios Vivo.

JOSÉ MARÍA YAGÜE